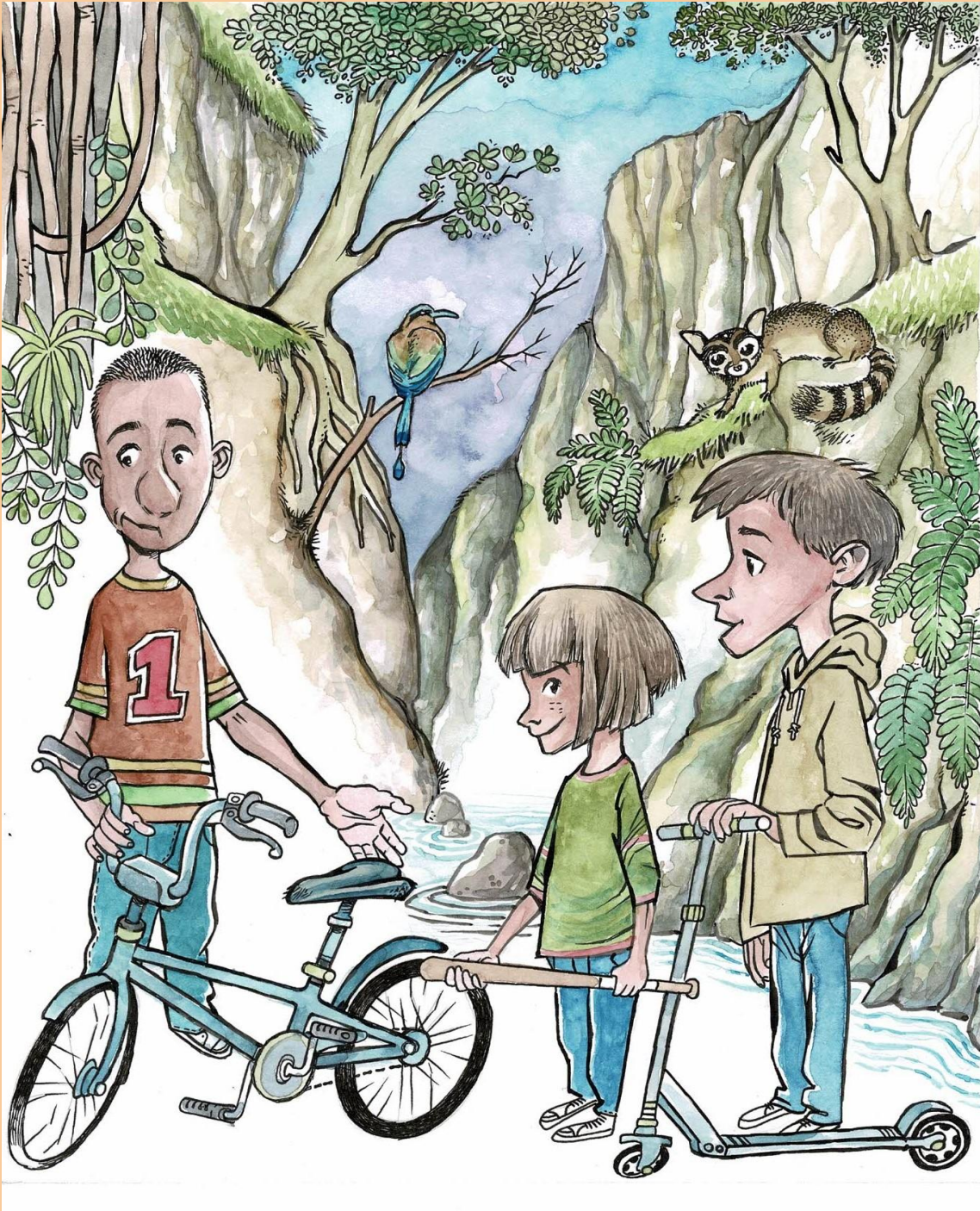


Los regalos de los Reyes Magos



Miguel A. Izquierdo Sánchez.

Ilustraciones de Omar

Los regalos de los Reyes Magos

Autor: Miguel A. Izquierdo Sánchez

Ilustraciones de Omar

Agradezco especialmente a Jesús Rangel, quien me contó un relato de su experiencia infantil, del cual derivé esta ficción. De igual manera, mis agradecimientos a Omar por sus atinadas y ambientadas ilustraciones.

Dedico a mis amigas y amigos de Tampacán, SLP, por lo mucho que me han dado al visitarles.

Otras obras del autor se pueden consultar gratuitamente en el blog:

www.miguelangelizquierdos.wordpress.com



Los regalos de los Reyes Magos

I

Tino y Yeyo eran compañeros de salón en la escuela y vecinos en el barrio. Con frecuencia compartían el tiempo libre, entonces solían jugar y explorar. Un sábado por la mañana Tino pasó a casa de Yeyo y le preguntó:

— ¿Vamos otra vez al fondo de la barranca, a ver qué encontramos?

Yeyo se emocionó, recordando la ocasión anterior que dieron un paseo por allá, y contestó:

—¡Quiero ir! Pero hoy me encargaron a mi hermanita Luly, mamá está en el trabajo y no hay cómo pedirle permiso.

—Al menos alguien se preocupa por ustedes, mi mamá no me pregunta si salí o no; mira, la llevamos con nosotros, regresaremos como en unas dos horas, tu mamá ni se dará cuenta.

—Mi mamá de todo se da cuenta, es como... adivina. ¿Qué hago?

—Te aseguro que regresaremos pronto; nada nos pasará. La vamos a cuidar mucho. Además ya tiene siete años y podrá aguantar la caminata, pero cuida que lleve pantalón y tenis, como nosotros, para protegerse de las ramas y de los raspones por si nos caemos.

—Está bien, Tino, pero debemos regresar muy pronto para que no se dé cuenta.

Era la mañana del 5 de enero, la mamá de Yeyo y la mamá de Tino estaban en sus trabajos, estarían de regreso como a las cuatro de la tarde. Yeyo invitó a su hermanita, quien

gustosa aceptó ir con ellos, se cambió de ropa y en minutos estaban listos. Tino les esperaba afuera.

—Lleven agua. Nos va a dar sed en el camino.

— Es cierto, más vale que llevemos.

Yeyo fue a la cocina por agua, ellos lo esperaban en la puerta.

—¿Por dónde nos vamos? —preguntó Yeyo a Tino.

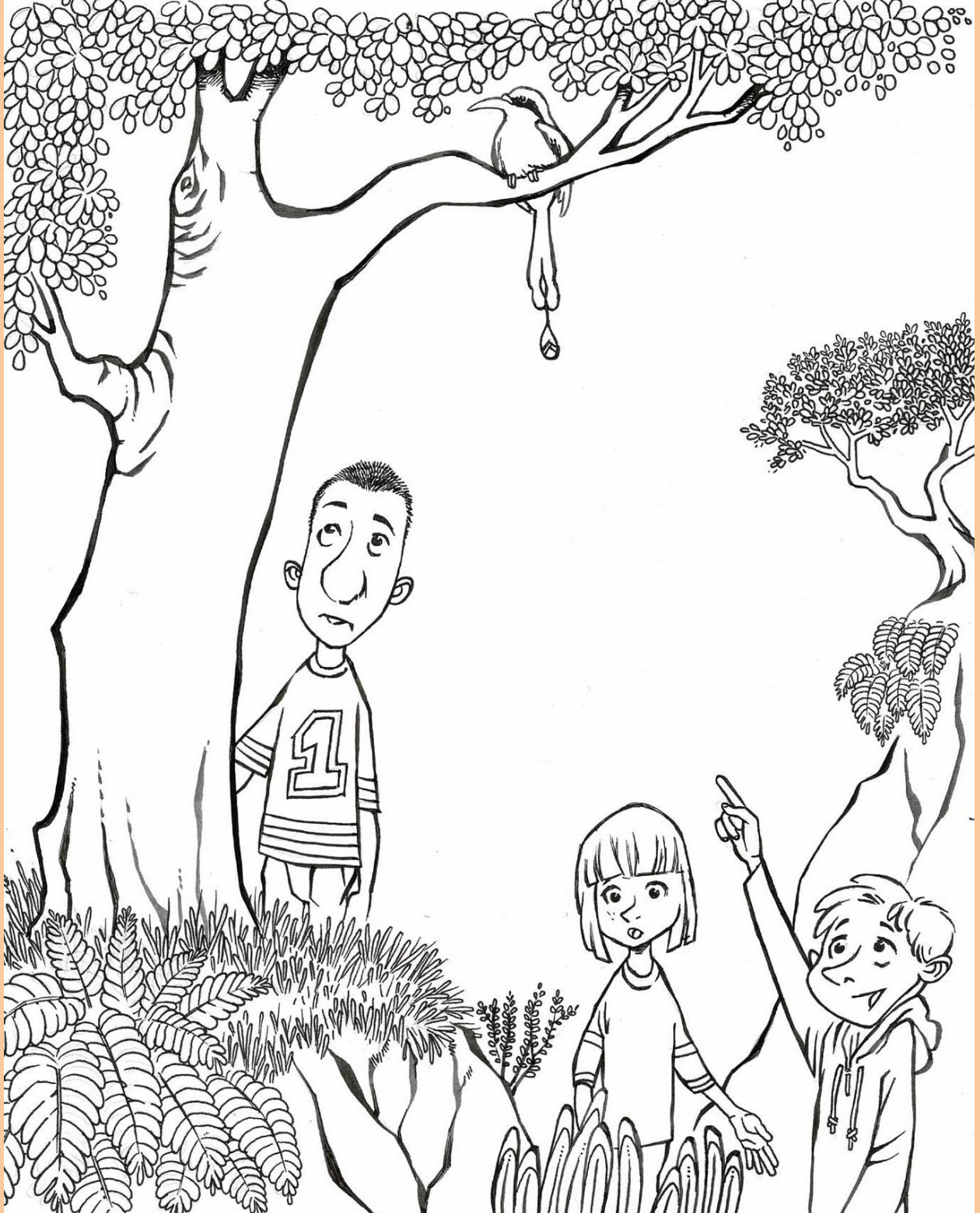
—Bajemos por atrás de mi casa. Es más seguro, porque la bajada está menos empinada, no vayamos a caernos.

Eso hicieron. La casa de Tino, como la de Yeyo, estaba en un barrio popular de la loma ubicada al oriente de la barranca. Iniciaron a bajar por una vereda rodeada de lo que para Luly era un bosque de guayabos, de casahuates y de otras yerbas y plantas desconocidas, como los acahuales. Conforme iban bajando, la barranca se hacía más oscura, y Luly iba sintiendo que entraban como a un túnel verde y amarillo, luego marrón, con puntitos blancos si volteaba hacia arriba, que eran sus flores.

II

Apenas habían transcurrido unos minutos por el camino de bajada, cuando vieron a una hermosa ave que maravilló a Luly:

—¡Esperen!, miren a ese pájaro, ¡qué lindo y simpático es! ¿Cómo se llama?



—¡Es el pájaro-reloj! Mira cómo mueve su cola, parece la aguja de un reloj antiguo—comentó Tino.

—No lo conocía...

—Sólo habita en las barrancas, no necesita subir a la loma, tiene comida y agua de sobra por acá, digamos que es un poco penoso y no le gusta el ruido de autos y camiones —siguió explicando Tino.

—¡Se me hace que nos está saludando!

—Puede ser, pocas personas bajan a la barranca a verlo. —Admitió Tino.

—¡Cómo me gustaría tener una foto de él! — exclamó Luly.

—Lo podemos venir a saludar todos los fines de semana. Sigamos para llegar hasta donde queremos; verás otras aves por el camino, Luly — comentó su hermano.

—¡Adiós, pajarito-relojito! — Se despidió Luly de él, moviendo su mano como la cola del pájaro-reloj.

Mientras bajaban, el primero en resbalarse fue Yeyo. Por suerte se dio un sentón, y de nalgas avanzó como dos metros por el camino de bajada, sin precipitarse sobre las ramas o las rocas. Tino y Luly rieron a placer por su caída, y el mismo Yeyo acabó riendo con ellos. Se llevó un pequeño susto.

—¿Y qué tal si te hubieras ido hasta el fondo de la barranca? —Le preguntó preocupada Luly, cuando calmaron sus risas.

—Lo hubiéramos ido a recoger, ¿o no, Luly? —comentó Tino.



Volvieron a reír los tres. Sin embargo, a cada uno, lo sucedido les hizo cuidar más sus pasos durante la bajada. En varias partes del camino, no se veía el fondo de la barranca, y en otras sí, pero muy, muy abajo. Caerse hasta allá sería de lo más peligroso, pensaba cada uno, a su manera.

Yeyo mismo fue quien les propuso:

—¿Qué tal si cortamos unas varitas para apoyarnos, como si fueran bastones? Así será más seguro bajar.

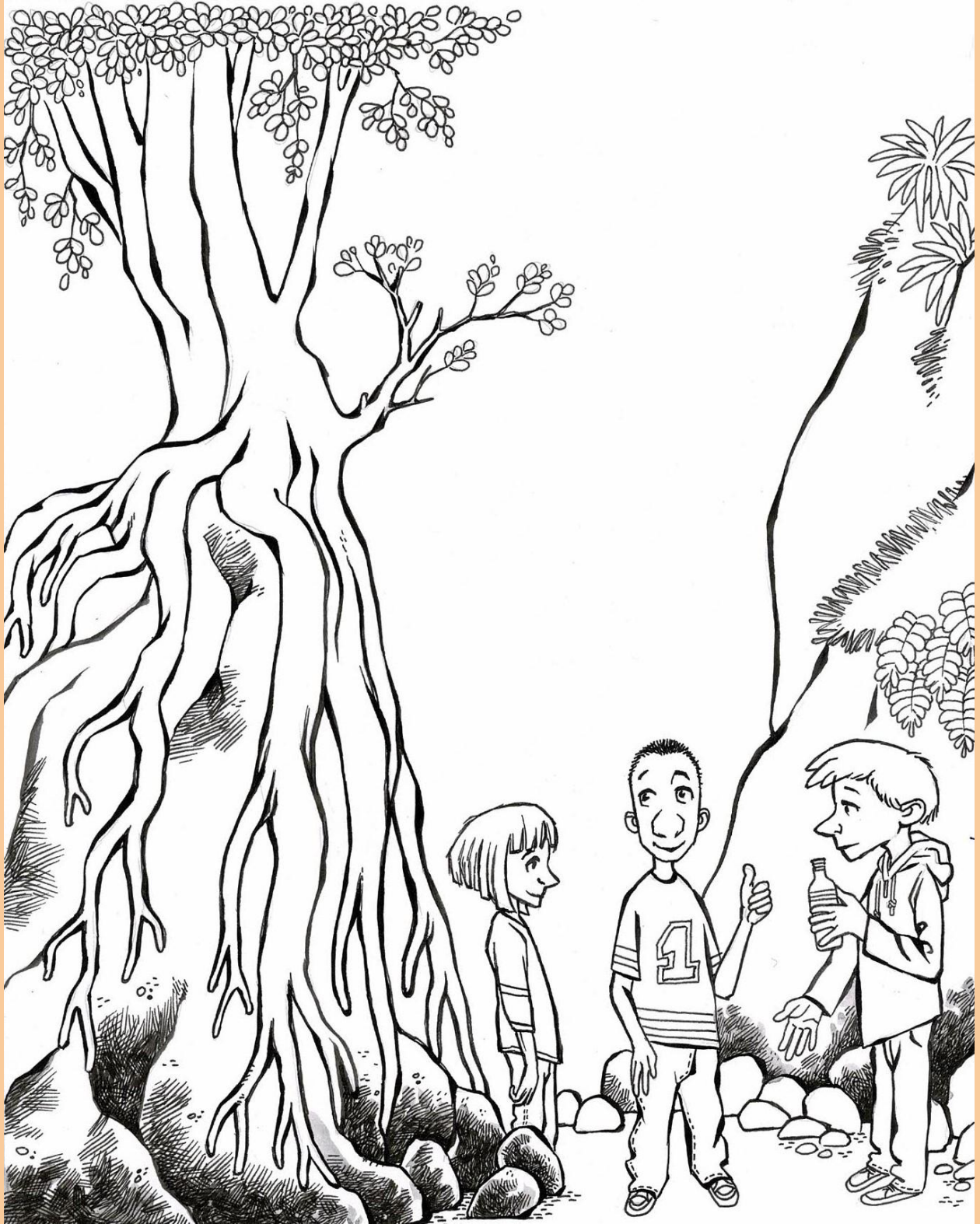
—¡Qué buena idea, hagámoslo! —replicó Tino.

Se dieron un tiempo para buscar ramas secas que les llegaran a la cintura, y con la navaja que había llevado Tino las cortaron hasta ajustarlas al tamaño de cada quien. Sí, ahora, con el apoyo de sus bastones, se sentían más seguros mientras bajaban.

III

Estaban muy cerca del fondo de la barranca, ya no se veían las casas de arriba de la loma, cada vez había menos casahuates y guayabos a los lados del camino, ahora aparecían más y más árboles de amate amarillo, con larguísimas raíces, gruesas y elegantes, que no se adentraban en la tierra, sino que iban cubriendo la tierra y las rocas en las que se apoyaban, sobre su superficie. Luly, dijo sonriendo:

— Parecen manos con dedos largos, deteniendo su barriga, no se les vaya a caer.



La loma del lado poniente ahora se había convertido en un alto muro terroso con rocas de todos tamaños y tepetate, muy húmedo, y por varios lados, se veían cavernas en que bien cabían varias personas, pero no parecía fácil llegar hasta ellas, por lo vertical del cañón.

—¿Será que alguien vivió ahí? —preguntó Luly a sus acompañantes.

—Puede ser, quizás hace muchísimos años, antes de que se inventaran las casas — contestó su hermano—, vivir ahí era una manera de protegerse de dinosaurios, de osos y de otras fieras.

—¿Aquí había dinosaurios y fieras?

—Seguramente hace millones de años —contestó Tino—, pero no te apures, Luly.

—El que puede que se apure es Yeyo, no yo —bromeó Luly.

Otra vez los tres rieron, aunque Yeyo con cierta pena. Aún no podía evitar sentir temor por los dinosaurios, pues cuando tenía pesadillas, soñaba que uno de ellos lo perseguía hasta que casi lo alcanzaba. Cuando empezaba a pedir ayuda a gritos, despertaba bañado en sudor. Sabía que ya no había dinosaurios en el mundo, pero en sus sueños, seguían viviendo y asustando... ¡eran gigantes!

IV

Estaban a unos metros de llegar al fondo de la barranca, era casi mediodía y el sol la iluminaba de a poco, pero alrededor se tornaba casi oscuro, por tantas plantas, líquenes, enredaderas y pasto, que cubrían la barranca sin dejar pasar la luz. Luly necesitaba tiempo para ver aquél espacio desconocido e impactante.

—Oigan, esperen un poco, para saber si es cierto lo que veo.

—Sí, tienes razón —le contestaron sus acompañantes—, te esperamos. Abre bien los ojos.

Luly giró lentamente su cuello, deteniendo su mirada por momentos en cada dirección. Era su primera vez en aquel lugar: el lecho de una barranca tan profunda. Todo era nuevo para ella, había líquenes diminutos, medianos, otros muy grandes que se extendían por la orilla de los costados de la barranca, adosados a las piedras. Tanto hacia arriba del curso del arroyo, como hacia abajo, estaban multitud de grandes rocas grises como si hubieran sido lavadas por el agua, contra las que el arroyo hacía suaves sonidos. La luz centelleaba en sus cúspides, lo que contrastaba con su parte baja, húmeda y casi negra. En la parte alta de algunas de ellas, podrían caber sentados, cómodamente, los tres paseantes. La dificultad habría sido subir a ellas, pues no había de dónde apoyarse para hacerlo.

Sobre algunas rocas caían como si fueran lluvia muchas lianas verticales que colgaban de árboles, muy por encima de ellas, de ramas surgidas de las laderas. Eso le parecía increíble, era un paisaje sobrenatural, impensable. ¿Por qué los libros de su escuela no trataban sobre estos lugares fantásticos, o mágicos? ¡Todos los alumnos de la escuela deberían venir a conocerlos!

Detuvo su mirada en el arroyo, que en esa parte de la barranca era muy poco profundo, quizás les llegaría el agua a las rodillas. Corría limpia y transparente con algunas hojas color sepia sobre su superficie, que habían caído de los árboles, de las laderas.

—¡Debe haber pececitos en el agua, muchachos, busquemos unos! —suplicó Luly.

—No hay tiempo para eso, pero ya los verás ahora que caminemos por el arroyo, te los enseñaremos. Sigamos, Luly, falta al menos media hora de camino. —La invitó Tino.

—Prometan que me enseñarán cuando vean a un pececillo.

—Prometido, pero sigamos —fue la respuesta de su hermano.

V

Los primeros pasos los dieron a orillas del arroyo, entre piedras pequeñas y medianas rocas. Más adelante, tuvieron que cruzar varias veces el arroyo, metiéndose en él y sorteando grandes rocas de su parte central. Luly estaba muy divertida con la experiencia, incluso no se quejaba del peso que, con tanta agua, ahora tenían sus tenis y su pantalón. Chapotear era uno de sus grandes gustos y esta vez no había quien se lo reprochara, además, el agua corría muy limpia.

Tino la hacía de guía, sugiriendo por dónde avanzar, no pisar o cruzar. Tenía mucho conocimiento de la barranca, pues continuamente paseaba en ella, solo o acompañado. Cuando llevaban unos doscientos metros caminados y chapoteados, escucharon un escándalo por encima de ellos, muy extraño para Luly.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Son chachalacas —le contestó su hermano.

—¿Y qué son las chachalacas?

—Unas como gallinas, pero de cola muy larga, a las que les gusta hacer escándalo por todo, no paran de hacerlo varias veces al día.

—Pero, ¿dónde están? No las veo.

—Seguramente están entre los árboles, como a media ladera, pero no las alcanzamos a ver entre tanta maleza —contestó Tino—. Si tenemos suerte y no hacemos mucho ruido, quizás podamos verlas más adelante, Luly.

—Las del ruido son ellas, no creo que escuchen nuestras voces con su escándalo, son peores que las cotorras.

Tino y Teyo rieron de la ocurrencia de Luly. Tenía razón, con tanta fuerza en sus voces, ¿cómo podrían detectarlos a ellos?

Siguieron otros doscientos metros y al doblar por una curva del lecho, alcanzaron a ver a un cacomixtle, que al verlos, dio por huir con sus graciosos saltitos, fue a meterse a un hoyo, ahí, apenas unos cuantos metros por arriba del arroyo.

—¡Un cacomixtle! — gritó con júbilo Tino— ¡un cacomixtle!

—¡Es cierto! — complementó Yeyo.

—¡Qué lindo es! —fue la expresión de sorpresa de Luly— y camina a saltitos, es muy tierno. ¡Vamos a ver su escondite!

Se acercaron al hoyo en que había desaparecido, era tan estrecho y oscuro que no pudieron ver más que algunas huellas de sus patitas.

—Puede ser que esta no sea su madriguera, sino tan sólo un escondite, para escapar de sus depredadores, como el yaguarundí —comentó Tino—, vámonos, nos falta un poco más y no debemos tardarnos.

—¿Qué es un yaguarundí? —preguntó Luly, muy intrigada.



—Es un felino, se parece al jaguar y a un gato grande, casi siempre anda buscando a sus presas durante la noche, por las barrancas. No sube a la ciudad, por eso ni lo conocemos bien.

—Me gustaría ver uno... ¿Ataca a los niños?

—No creo, les asustamos por malvados...— respondió riéndose Tino. ¡Vámonos, se nos hace tarde!

—Yo no soy malvada, Tino.

— No lo digo por tí, Luly, tú no eres malvada. Quizás lo veamos algún día, sigamos, no debemos detenernos más.

Luly un tanto a regañadientes aceptó seguir, pero volteaba de vez en cuando hacia el hoyo del cacomixtle con la esperanza de volver a verlo y también al yaguarundí.

VI

Siguieron su camino por el arroyo. A veces se cerraba el cañón, tanto, que apenas cabían los tres caminando muy juntos. Era como si estuvieran en un túnel. Más adelante, sobre el lecho del arroyo vieron una enorme maraña de lianas, como una gran y gruesa enredadera, que debían cruzar, pues no había manera de subir a la ladera para evitarla. Tan densa era la maraña, que oscurecía todo el espacio que ocupaba. Otra vez se adelantó Tino para guiarles y mostrarles el camino que tomarían entre las lianas, empujándolas a los lados para que ellos cupieran, y algunas pocas veces, con mucho esfuerzo, tuvo que cortarlas con su navaja. Eran tan gruesas como dos dedos juntos, muy duras; hasta empujarlas daba trabajo.

—Ya estamos cerca— les animó Tino.

Le seguían Luly y Yeyo. De repente, entre las lianas, los tres parecían como detenidos de las cuerdas de un columpio, entre las rocas y el agua del arroyo. Era un paisaje extraordinario, de película. Daban ganas de quedarse ahí para explorarlo.

—¡Detengámonos aquí! —suplicó Luly— está como para jugar a las escondidas, y casi está más oscuro que el armario.

—No debemos, Luly, tenemos que continuar, pero ya pasaremos otra vez de regreso y quizás podamos detenernos un poquito, avanza—esta vez fue su hermano quien la apuró.

Tardaron por lo menos tres minutos en cruzar la gran madeja de lianas enredadas. Debieron pasar muchos años para que se hiciera esa formación de ramas, tan caprichosa e intrincada.

—¿No podríamos acampar por aquí? —les preguntó Luly.

—No creo —fue la respuesta de ambos, al unísono.

—Pero podemos volver cuantas veces queramos —agregó Tino.

Esto último pareció consolar un poco a Luly, quien imaginaba pasar unas vacaciones enteras en la barranca; estaba encantada con sus formas, sonidos, texturas, de sus plantas y rocas. Unos cien metros más adelante, el cañón se abrió y la luz volvió, brillante, al fondo de la barranca.

VII

La vista era espectacular: las poderosas raíces verde amarillas de un amate, forraban un fuerte declive del lado oriente de la barranca, contrario al de las casas de los infantes. Las raíces venían desde lo alto del farallón, allá a unos 40 metros aproximadamente, hasta el lecho del arroyo. Desde abajo se alcanzaban a ver parcialmente las ramas del amate, su follaje, y su tronco desafiaba el vacío.

—¿Cómo es que se sostiene si está en la mera orilla? —preguntó Luly.

—Lo mismo me pregunto—le contestó Tino.

Estuvieron ahí descansando de su caminata, admirando al gigante árbol. Aprovecharon para tomar agua y detener la mirada en cada una de las raíces que bajaban por el muro compuesto de arenas, gravas, rocas y tepetate.

—¡Ya llegamos! —comentó muy animado Yeyo— ahora a buscar nuestros regalos.

—¿Regalos, cuáles regalos? —preguntó Luly.

—¡Los que nos traerán los Reyes Magos! —lo dijo ahora riendo Yeyo. Tino hizo lo suyo, sonriendo.

—Hoy no es día de los Reyes Magos, es mañana —puntualizó Luly.

—Ya verás, Luly, hoy comienza el día de los Reyes Magos.

Desconcertada, Luly los veía a uno y a otro.

—Es hora de buscar, Luly. Caminaremos hacia abajo, muy atentos a lo que veamos a ambos lados de la barranca, nos están esperando unas sorpresas que los Reyes Magos dejaron para nosotros, pero no sabemos dónde ni cuáles, ese es el chiste, descubrirlo. Si quieres acompañame o a Yeyo, no nos separaremos mucho; estaremos alrededor de este amate, buscando sorpresas, ya verás que sí las hay—comentó muy seguro Tino.

Escéptica, Luly se le acercó, y caminó a su lado. Yeyo ya estaba dando pasos para un lado y otro de esa apertura en la barranca. Ellos miraban hacia el suelo, hacia el lecho del arroyo, pero de vez en cuando miraban hacia las laderas de la barranca, muy atentamente. De inmediato Luly experimentó el peligro de hacer eso mientras caminaba, pues tropezaba con alguna piedra o roca. Debía observar parada, detenerse y mirar.

Yeyo fue el primero en gritar:

—¡Aquí está el primer regalo, un bat de madera! ¡Y está muy bien conservado!

Luly y Tino se acercaron emocionados, de verdad que estaba en buenas condiciones el bat, era bueno aún para jugar béisbol, de tamaño infantil, tenía si acaso una marca de golpe.

—¿Pero quién lo olvidó aquí? —preguntó Luly.

—No sabemos quién, Luly, pero ya tenemos nuestro primer regalo. Matanga, dijo la changa. Aquí estaba solito sin quien se interese por él, nosotros sí lo usaremos y mucho. ¡Es nuestro! A seguir buscando. — Luly no salía de su asombro.

—Vente Luly, ahora busquemos más abajo, ya viste que sí hay sorpresas.



Luly seguía haciéndose preguntas sobre el bat. No se explicaba cómo pudo haber llegado ahí. Transcurridos apenas unos minutos, fue Tino quien gritó:

—¡Un patín del diablo! ¡Un patín del diablo! ¡Segundo regalo de Reyes Magos!

¡Era verdad! Ahí en la arena del lecho del arroyo, solitario, había un patín, un poco maltratado.

—Lo podemos reparar, no será tan difícil; con una pintada quedará casi como nuevo. ¿Qué te parece la segunda sorpresa, Luly? —preguntó Tino.

—Pero, ¿cómo apareció aquí? ¿Es que hay quienes vienen a jugar aquí y les da una enfermedad del olvido? ¿Por eso los dejan aquí?

Tino y Yeyo rieron a rienda suelta, imaginando a niños masticando hierbas o comiendo algo que les provocara ser olvidadizos y dejando, en consecuencia, esos juguetes.

—¿No se les hace raro? —insistió Luly.

—Luly, sigamos buscando, pronto sabrás las respuestas. Ponte muy lista, observa en todas direcciones. —Le indicó esta vez su hermano.

Eran demasiadas sorpresas juntas, en un lugar completamente desconocido, como estar en un sueño. Un nuevo mundo encantado.

—Me toca a mí encontrar algo, tengo que encontrar algo—se dijo Luly.

Avanzaron barranca abajo, unas decenas de metros más. Luly prefirió detenerse y sólo observar hacia la ladera oriente, pedazo por pedazo. Entonces, vio algo conocido entre las ramas de un pequeño guayabo que se encontraba a unos diez metros arriba del lecho del arroyo.

—¡Ya encontré algo! ¡Algo con ruedas, como una bicicleta! —brincaba de gusto por tan increíble sorpresa.

—¿Dónde, dónde? —le preguntaban insistentes los niños.

—¡Ahí, ahí!

Se acercaron los dos, observando atentamente en la dirección en que indicaba Luly. Ahí estaba una bicicleta infantil atorada entre las ramas del árbol. Sería muy fácil subir por ella, y eso hizo Tino ayudado por Yeyo.

—¿Pero quién la puso ahí? ¿No se les hace muy raro? ¡A nadie se le olvida una bicicleta! A la mejor a un adulto, pero no a una niña o un niño.

Mientras la bajaban, Tino y Yeyo observaban que estaba en general bien conservada, tenía una llanta ponchada, los rayos de una de las llantas estaban un poco doblados, pero el resto estaba en buenas condiciones. Como el patín, la reparación afortunadamente sería fácil y nada cara.

—¿Qué te parece Luly? ¡Ya te llegaron los Reyes Magos! —comentó graciosamente su hermano.

—Esto es muy, pero muy extraño. No lo entiendo. Me parece que quienes los dejaron aquí volverán en cualquier momento y se van a molestar porque estamos recogiendo sus cosas sin permiso—fue el comentario escéptico de Luly.



Tino limpiaba la bicicleta con su playera, su rostro expresaba felicidad, como el de Yeyo. Ellos nunca habían tenido una bici, y ahora estaba en sus manos. Honestamente, era una enorme sorpresa. Muy conforme, Tino decidió contarle a Luly su explicación de los hallazgos:

—Luly, te voy a platicar lo que pasa, brevemente, porque ya nos tenemos que regresar. El año pasado, después del día de Reyes, vinimos a la barranca Yeyo y yo, encontramos aquí mismo una pelota de fútbol, varias de béisbol y muchas de tenis, todas usadas. Tuvimos con ese hallazgo, para jugar casi todo el año. Esa vez, subí por las raíces del amate, hasta su tronco, y vi allá arriba varias casas de gente alrededor de una alberca y una cancha de tenis. Varios niños jugaban con pelotas nuevas, todas nuevas. Yeyo y yo creemos que son ellos quienes tiran las pelotas, para que les regalen nuevas. Y mira, esta vez creo que aventaron a la barranca el bat, el patín y la bicicleta, si no es que más cosas, para conseguir nuevos juguetes. ¿Tú qué crees?

Luly no contestó, su mirada apuntaba hacia lo alto de la barranca. Veía a la bicicleta emprender el vuelo por los aires, girar, caer lentamente, rebotar entre las ramas de árboles y enredaderas, hasta detenerse, bamboleando, en aquél guayabo. Vio enseguida hacer lo mismo al bat, y luego al patín del diablo, hasta escuchar el ruido metálico del golpe final contra una roca. Seguía ensimismada, pensaba en que le dolían los golpes que habían sufrido los juguetes.

En tanto, Tino y Yeyo se organizaban para llevar de regreso a casa los trofeos, sus soñados regalos de Reyes Magos. No había tiempo que perder, pues el regreso sería más lento y complicado, pasar entre las lianas con los regalos, y sería de subida. Dejaron a Luly llevar el bat, por ser la más pequeña, y entre ellos dos, se irían turnando llevar el patín y la bicicleta. Iban felices.

VIII

El regreso fue muy entretenido tanto por las peripecias que tuvieron que pasar con los regalos, como por atender las preguntas que Luly les iba formulando:

—¿Creen que mañana habrá otros regalos en la barranca? ¿Serán más grandes? ¿Habrá animales de peluche? — Y otras por el estilo que ellos respondieron como se les ocurrió, sin estar en nada seguros. Hasta que les preguntó:

—¿Vendremos mañana?

Estaban apenas a medio camino de regreso, faltaban las subidas más inclinadas, así que fue su hermano quien le respondió:

—Mañana nos ocuparemos en reparar lo que podamos de los juguetes y lo que no, con nuestros ahorros iremos con el ciclero para que deje “la bici” nuevecita. No podremos venir en varios días, Luly.

Ella se desilusionó, pues ante sus ojos ellos eran grandes aventureros, interesados en ir diariamente a recoger algo tirado por aquellos niños de arriba de la barranca.

El trecho final hasta subir a sus casas les pesó especialmente, tuvieron que tomar varios descansos, turnarse “la bici” y el patín; Luly se ofreció a llevar al patín, con tal de hacer algo más, lo que hizo por unas decenas de metros hasta que pidió ayuda, pues debía cargarlo, no se podía arrastrar sobre las ruedas. Cuando llegaron a la loma de su barranca gritaron los tres juntos:

—¡Victoria! ¡Victoria!

Tomaron ahí un último descanso, mientras miraban barranca abajo, pensaron en que allá lejos, en el fondo, quedaba el bello amate y sus poderosas raíces, y el hermoso guayabo, donde encontraron los que consideraban sus regalos. De alguna manera, les parecía que ese maravilloso paisaje era quien les había hecho esos regalos. Fue hasta entonces que Yeyo les preguntó:

—¿Qué le diremos a mi mamá para que no se enoje? No debimos llevar a Luly con nosotros, no me dio permiso de llevarla.

—Que diga que se quedó aquí encerrada, y que nosotros fuimos y regresamos rápidamente en una hora, porque ya sabíamos que había algo ahí— propuso Tino, y eso resolvieron hacer.

Cuando llegaron a casa, la mamá de Luly y Yeyo, ya estaba allí y los había estado buscando por el vecindario. Era inútil mentirle, sólo quedaba decir lo que sucedió, Tino empezó:

—Señora, como no había con quien dejar a la niña, preferimos llevarla y cuidarla mucho, sabíamos que estaríamos de vuelta pronto, así que estaba más segura con nosotros que sola en su casa.

—Sí, bajando por toda la barranca donde habitan bichos, alimañas y bajan maleantes. ¿Quién te dio permiso, Yeyo? —les increpó, enojada, su mamá.

—Nadie, es que era lo más seguro...

—¡Nada seguro! ¿Y de dónde sacaron esos juguetes?

—De la barranca—contestaron los tres al unísono.

—¿Creen que les voy a creer?

—Es verdad, mamita—contestó dulcemente Luly. —Tino y Yeyo asintieron con la cabeza.

—Seguramente hay quien los está buscando, hay que llevarlos de regreso. ¡Cómo se van a “encontrar” esos juguetes, no hay criatura en este mundo que los tire.

Los hombros de los tres se les cayeron, después de tanto esfuerzo por buscarlos, encontrarlos, cargarlos y subirlos, su mamá opinaba que debían regresar los juguetes, pero, ¿a quiénes? ¿Y cómo? Estaban abatidos, no tenían fuerza alguna, ni siquiera para seguir discutiendo con ella. Por eso Tino se despidió con cara larga y Yeyo le indicó con un gesto de que se llevara la bicicleta, para que su mamá no quisiera regresarla ni se metiera con él. Tino lo hizo, desconcertado, pues tenían el trato de usarla en días complementarios, sería de los tres, y cualquiera podría usarla por turnos. La orden de la mamá fue guardar en el patio lo recobrado, bañarse y luego pasar a comer, para platicar sobre las salidas prohibidas y autorizadas, por el barrio y por la barranca.

IX

Al día siguiente, la orden de la mamá de Yeyo y Luly fue atronadora:

—Prepárense porque vamos a regresar esos juguetes a sus verdaderos dueños, tomaremos un taxi.

—¿Cómo sabremos quiénes son, mamá? —preguntó muy molesto Yeyo.

—Los que viven arriba de la barranca donde los encontraron—contestó ella.

—¿Y cómo distinguir la casa, sobre la Avenida Palmira, que es la primera después de la barranca? Hay tantas y tantas...

—¿Está muy lejos?

—Tardamos aproximadamente media hora bajando por la barranca.

—¿Y cómo se veían las casas?

—No se ven desde el cañón de la barranca, es muy profundo, a veces hasta de setenta metros. Es sólo un bat y un patín, mamá, usados y maltratados, no los robamos, los encontramos.

—¿Y la bici...?

—La tiene Tino. Son nuestros regalos, los ganamos.

En ese punto se animó a intervenir Luly:

—No robamos, mami, es más, si quieres saber quién nos dio todo, pregúntale a la barranca, a las raíces del amate y al árbol de guayabo, estaban tirados al fondo. ¡Son nuestros regalos de Reyes Magos!

Hasta ese momento su mamá reparó en que no tenía regalos de Reyes Magos para sus pequeños. Sacudió la cabeza, cerrando los ojos. Rendida, alcanzó a extender los brazos llamándolos hacia ella:

—Perdón, hijitos, tienen razón, son suyos, sus regalos.

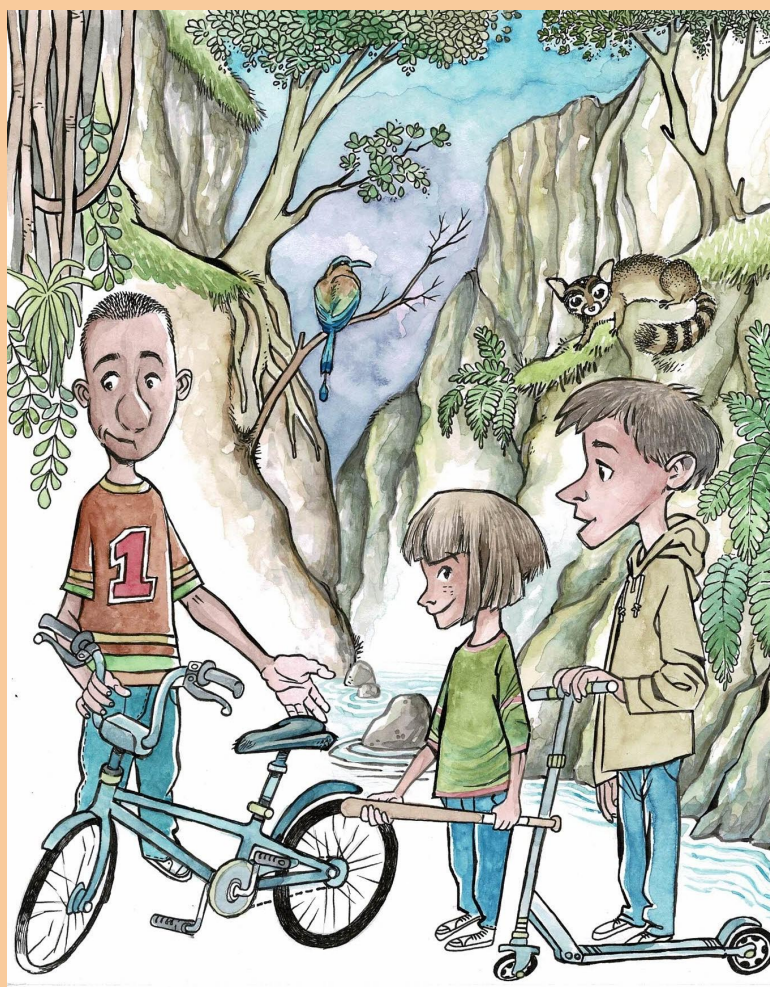
— ¡De la barranca, las raíces del amate y el guayabo!— exclamó Luly.



Se abrazaron los tres más de un minuto. Después, se besaron. Yeyo quiso ir a avisar a Tino que no se preocupara, ya no intentarían devolver los juguetes, ahora había que prepararse para arreglarlos y ponerlos como nuevos. ¡Tenían grandes regalos, regalos de... los Reyes Magos!

FIN

Otros cuentos infantiles, crónicas, relatos y publicaciones del autor, se pueden consultar en el blog: www.miguelangelizquierdos.wordpress.com



Jiutepec, Morelos, 2023